

ESPAÑA COMO CÍRCULO CROMÁTICO (DIRDAM)

Cuando decimos que no podemos pensar en dos colores en el mismo lugar cometemos el error de creer que esto es una proposición, aunque no lo es; y nunca intentaríamos decirlo si no fuésemos engañados por una analogía.

Ludwig Wittgenstein¹

I. SABIDURÍA Y FRAUDE

El pasado 28 de julio, el Consejo de Ministros aprobó la remisión a las Cortes Generales del Proyecto de Ley por el que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura. La nota del Consejo de Ministros indica además que lo que se promueve es la reparación moral y la recuperación de la memoria personal y familiar, y que para ello se adoptan medidas destinadas a suprimir elementos de división entre los ciudadanos y a fomentar la cohesión y la solidaridad entre las diversas generaciones de españoles en torno a los principios, valores y libertades constitucionales. Entre esas medidas destaca una que se refiere a los símbolos y a los monumentos públicos. A este respecto, se establece que «los órganos que tengan atribuida la titularidad o la conservación de los monumentos, edificios y lugares de titularidad estatal han de tomar las medidas

Miguel Ángel Quintanilla Navarro es Doctor en Ciencias Políticas. Profesor titular en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Murcia.

¹ Citado en Monk, R.: *Ludwig Wittgenstein*, Anagrama, Barcelona, 2002, página 302.

oportunas para la retirada de los escudos, insignias, placas y otras menciones conmemorativas de la Guerra Civil cuando exalten a uno solo de los bandos enfrentados o se identifiquen con el régimen franquista».

A quienes hemos tenido la fortuna de no tener que rendir homenaje alguno al régimen franquista –y sabemos que estamos en deuda con quienes hicieron la Transición– se nos impone ahora la obligación de rendirlo, o se nos imputa haber estado haciéndolo puesto que en nuestra ciudad había una estatua de Franco contra la que no atentamos, o en el portal de nuestra casa figuraba una chapa del Ministerio de la Vivienda con un haz de flechas. Sólo para que se pueda rendir también homenaje al «otro bando», el Gobierno exhuma la España transida y desprecia la transitada: pretende que sean honrados «los dos bandos de la Guerra Civil», es decir, quiere honrar «a un bando» y a la Segunda República, y admite para ello lo que, a su parecer, se viene haciendo desde siempre, que se honre al franquista.

Más allá de la dificultad de proceder a la honra de dos bandos sin honrar la guerra misma que les da sentido, la tragedia es que el Gobierno no comprende que los dos bandos juntos no son España entera sino España hecha pedazos, y que el sistema de 1978 no se fundamenta en el homenaje sino en el arrepentimiento. No se trata de «una cosa y la otra» sino de «ni lo uno ni lo otro». Los españoles no han dedicado ni un duro ni un policía municipal a retirar los símbolos franquistas por la misma razón por la que tampoco los dedicarán a ponerlos de nuevo en su sitio: ni quieren honrar al franquismo ni quieren honrar a la República. Y ambas cosas se han podido hacer.

Los símbolos no están donde estaban porque alguien haya decidido conservarlos ahí, sino porque nadie ha decidido quitarlos. Una estatua de Franco que no ha sido retirada no es una estatua «del Caudillo», es la estatua de un dictador. Para muchos, la presencia de los símbolos franquistas fue una advertencia y un recuerdo; bajo la estatua de Franco veíamos un «se busca» y así sabíamos de quién debíamos huir.

Es dudoso que hacer que los niños de 2006 honren a los contendientes de la Guerra Civil, por tanto a quienes mataron a sus antepasados, fomente la cohesión intergeneracional. Resulta bastante más provechoso fomentar la cohesión intrageneracional, que es la que se puede dañar, por ejemplo, sustituyendo a las personas por los territo-

rios como sujetos de obligaciones fiscales. No es posible que exista cohesión entre los vivos y los muertos. Hacer depender el futuro del país de una relación tan improbable no parece un buen negocio. Especialmente cuando se trata de muertos de cuya virtud personal no cabe ya tener noticia pero de los que cuesta decir como generalidad que promovieran virtud cívica alguna. La honra, la estima es una cuestión privada; rendirla o no también lo es. Si hacemos memoria «al detall» de la Guerra Civil lo que hallaremos será mucha más deshonra que virtud, como corresponde a la naturaleza del suceso. No es imposible apañarse una cena rebuscando en la basura, pero no es probable; ni se puede uno extrañar si la iniciativa no suscita entusiasmo, porque hay modos más higiénicos, provechosos y accesibles de procurarse un alimento ideológico necesario. Y no caducado.

La disidencia intelectual ante la Segunda República –igual que ante el franquismo o ante el califato cordobés–, a cuyo homenaje se nos fuerza, es la expresión de un derecho. Cabe exponer una objeción de inicio ante aquel régimen republicano: se dejó subvertir y perdió la Guerra, toleró que se le disputara el monopolio de la violencia. Sólo esto, sobre lo que no se puede discrepar si se acusa al bando franquista de haber subvertido por la fuerza el orden vigente, basta para que nadie que considere que la primera obligación del Estado es asegurar los derechos fundamentales tenga por qué rendir homenaje a algo tan deficiente e inútil en el cumplimiento de su cometido, e incapaz de evitar nos la acerba experiencia de 40 años de dictadura y cientos de miles de muertos y represaliados. En palabras de Robert Spaemann: «*Quien ostenta el poder estatal puede perder de dos maneras su derecho a la lealtad: tolerando la anarquía o por despotismo. El primer caso se da cuando el Estado efectivamente no ejerce el monopolio del poder, es decir, es incapaz o no está dispuesto a proteger a sus ciudadanos frente a la violencia física y a imponer la obediencia a las leyes. Al no emplear su violencia represiva, deja librado al más débil a la arbitrariedad extralegal del más fuerte. Allí donde una violencia resulta ser igual o más fuerte que la del Estado, éste ha dejado de existir. Allí donde un Estado no logra sofocar en su origen la rebelión, pero en un determinado momento recurre, sin embargo, al contraataque, se produce una guerra civil... El hecho de que dejara que las cosas llegaran a tal extremo priva al ostentador del poder estatal del derecho a la lealtad incondicionada*»².

² Spaemann, R.: «Moral y violencia». En Otfried Höffe y Josef Isensee, editores; próxima publicación por FAES.

Lo que condena al republicanismo nostálgico español es que da cuenta de su valor cuando reconoce que alguien como Franco supo liquidar la Segunda República. La derrota en la Guerra no fue «la causa» de que la República perdiera el poder, sino «la expresión» de que no lo tenía. El poder lo tiene el que puede, y la primera obligación del Estado es tener el poder, porque es un modo civilizado de ejercerlo y la vida de la gente de bien depende de que sepa cumplir con ella. Cuando se afirma que a la República se le privó del poder por la fuerza y se expone tal argumento como justificación y lamento, se revela un extravío grave sobre la naturaleza y la función del Estado. El Estado está siempre sometido a desafíos, pero debe vencerlos. Un militar no puede justificar una derrota amparándose en que ha perdido «por la fuerza», y tampoco puede hacerlo el Estado, porque la fuerza ha de ser patrimonio suyo.

Lo que evoca la presencia de los símbolos franquistas es, en primer lugar, la insolvencia del régimen republicano: ¿cómo pudo perder ante esa gente?; ¿cómo se dejó desafiar?; ¿qué había en ella de excelso si no supo cumplir con su primera obligación, que es persistir? La República perdió el poder ante Franco, permitió que España se llenara de imágenes suyas, que su modo de entender la vida nos dominara durante décadas, que España fuera un país esencialmente injusto y su gobierno una institución contraria a la libertad, ¿y aún debemos honrarla? Un sistema político democrático no es un concurso en el que se elige la mejor utopía, sino un modo de asegurar para el Estado el monopolio de la violencia dentro de la ley justa, y esto como instrumento de la igualdad y de la libertad. La política democrática no es verso, es prosa, prosa jurídica; y no es una virtud menor que no se escriban poemas a la Constitución de 1978.

Por tolerar la anarquía o por despotismo, ni la Segunda República ni el franquismo pueden exigirnos lealtad alguna. Sobre sus principios o sus intenciones se puede argumentar cuanto se quiera, pero aquél fue un tiempo del que poco podemos aprender. Valen aquí las palabras de Ludwig Wittgenstein: «*Si una persona me dice que ha estado en los peores lugares, yo no tengo derecho a juzgarla, pero si me dice que fue su superior sabiduría la que le permitió ir allí, entonces sé que es un fraude*»³.

³ Citado en Monk, R.: *Ludwig Wittgenstein*, Anagrama, Barcelona, 2002, página 277.

No creo que sean muchos los españoles crecidos en la democracia de 1978 que tengan necesidad de juzgar a la Segunda República o al franquismo, pero si se nos obliga y se nos dice que todo aquello sucedió por la especial clarividencia de quienes ejercieron el poder en aquel tiempo, si se nos fuerza a honrarlos, si se pretende que su sabiduría supera con mucho la de quienes supieron hacer la Transición y la de quienes la hemos mantenido viva cotidianamente haciendo uso de nuestra libertad, entonces, sin duda, estamos ante un gran fraude.

Nadie que haya combatido honestamente por España, por su prosperidad y su libertad aprobaría nunca lo que el Gobierno está haciendo. Suponer que los combatientes del bando republicano hubieran querido seguir siendo sólo eso para siempre en la memoria de sus descendientes es una ofensa gratuita y cruel.

II. ESPAÑA COMO SUPERESTRUCTURA

La iniciativa del Gobierno sobre la Guerra Civil y la República constituye un paso más en el desarrollo de un modo de interpretar la política española al que podemos denominar «superestructuralismo»⁴ y que comenzó a tomar vuelo poco antes de las elecciones generales de 1996. Sin duda, es parte del canon que rige los movimientos del Presidente del Gobierno, y puede resumirse así.

a) España no es una nación sino un Estado cuyo origen es la Constitución de 1978.

b) El proceso de transición a la democracia que tuvo lugar durante los años setenta fue una farsa, una parodia que permitió a los detentadores del poder durante el franquismo continuar siéndolo después de la clausura formal de éste. La ausencia de ruptura y su sustitución por una simple reforma les permitió hacerse pasar por demócratas y consolidar y aun ampliar su dominio, a salvo ya de cualquier imputación de autoritarismo. Lo que hay, por tanto, es un uso fraudulento de las instituciones democráticas, porque no hubo proceso constituyente de verdad sino sólo lo que los militares y otros poderes toleraron. La de-

⁴ Me he ocupado de este concepto en «España como superestructura», *Papeles de Ermua*, nº 6, enero de 2004.

recha impuso sus criterios y sus valores, los demás sólo pudieron aceptar lo que se les daba. De ahí que la derecha defiende la Constitución de 1978 y se resista a una reforma que permitiría crear un sistema justo en el que todos estarían en igualdad de condiciones. La derecha sabe que el pacto no fue libre, por eso lo defiende; pretende hacer valer un documento firmado bajo amenaza.

c) Por detrás de la vida política aparente discurre una vida política esencialmente conspirativa, corrupta y antidemocrática que impide que las cosas cambien de verdad. La forma del poder oculta el poder real, es pura fachada. En realidad, ni hubo transición ni hay democracia. Sólo cambió lo necesario para que todo siguiera igual.

d) Puesto que en realidad no hay democracia, la política no debe consistir en actuar de buena fe en las instituciones, sino en perturbarlas y en promover su demolición y su sustitución por otras realmente «participativas», en las que no exista intermediación entre el pueblo y el poder. La democracia representativa es un mal en sí misma. Por tanto, el superestructuralista está en las instituciones transitoriamente y mientras llega el verdadero cambio que está pendiente. En ellas no busca ni pactos ni transacciones, salvo que sirvan a su verdadero objetivo, la denuncia, la desestabilización y la revolución. Cualquier victoria electoral de la derecha se debe directamente al dominio secreto que ejerce sobre el sistema y a la escasa lucidez de los electores, que con su actitud muestran que necesitan una vanguardia (los superestructuralistas) que les abra los ojos y los guíe. Las derrotas socialistas de 1996 y de 2000 proporcionan al superestructuralista evidencias incontestables: es la vuelta de la derecha al poder, o el reconocimiento explícito de que nunca se había ido y de que la apariencia de que la izquierda gobernaba, necesaria para dar veracidad a la farsa, debía terminar de una vez.

e) La violencia política es la consecuencia de todo ese gran engaño, y es responsabilidad de quienes mandan y no deberían mandar, que empujan a los violentos a una situación desesperada de la que en realidad son víctimas. Como ha afirmado recientemente un habitual defensor de la negociación del Gobierno con ETA, «el terrorismo es una mezcla de azar y necesidad»⁵. Es decir, no hay responsabilidad al-

⁵ Sánchez-Cuenca, Ignacio: «El terrorismo revolucionario: mutación y selección política», *Revista de Estudios Políticos*, nº 132 (abril-junio de 2006), página 96.

guna en él, sino en quienes han creado las circunstancias que lo hacen «necesario» desde el punto de vista estadístico. (Obviamente, en este tipo de análisis se ignora que lo probable estadísticamente es que alguien «decida» ejercer el terrorismo, y por tanto se haga responsable de él).

f) Por todo lo anterior, ser español no puede ser nunca motivo de orgullo, sino un estigma. España es una superestructura que debe ser demolida por el bien de la justicia y de la verdad. La «memoria histórica» no es más que un método adaptado al hecho de que la mentira tiene historia, viene de lejos. Memoria (pasado), cambio de régimen (presente) e irreversibilidad (futuro), son tres aspectos del superestructuralismo que completan en lo cronológico su carácter totalitario y que le confieren una coherencia extraordinaria como plan para hacer política.

El superestructuralismo ha estado siempre presente desde 1978, pero su difusión académica –y luego política y divulgativa– se inició en coincidencia con el declive electoral de la izquierda. Y sólo puede sostenerse si se ignora todo lo que supimos en su momento sobre la Transición y se sustituye por una interpretación novedosa y fundamentada en argumentos estrictamente «no falsables». Lo que supimos en su momento y debemos preservar como memoria estadística de esa historia es, como mínimo, lo siguiente.

Entre 1977 y 1982 el voto de los partidos de izquierda en las elecciones legislativas pasó del 43,1 por ciento al 52,4; el de los partidos nacionalistas y regionalistas, del 6,8 al 7,7, y el de la derecha del 43,4 al 35,8⁶. Además, en esos años no se produjo un acercamiento entre los partidos políticos sino un distanciamiento progresivo entre ellos. Así, por ejemplo, en 1978 la posición media que se atribuía al PCE en una escala ideológica de 1 a 10 (siendo el 1 la extrema izquierda y el 10 la extrema derecha) era 2,5 puntos, pero en 1982 se le atribuía una posición más izquierdista, en el 1,8 (precisamente en el intervalo en el que España fue sacudida por el intento de golpe de Estado de febrero de 1981 y por la más sangrienta ofensiva que ETA ha efectuado hasta hoy). En esos años el PSOE pasó del 3,8 al 3,5, y Alianza Popular se mantuvo en el 8,5. La distancia entre el partido situado más a la izquierda y el situado más a la derecha pasó de 6 puntos en 1978 a 6,7 puntos en 1982.

⁶ Montero, J.R.: «Sobre las preferencias electorales en España: fragmentación y polarización (1977-1993)», en Del Castillo, Pilar (ed.): *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid, 1998, página 81.

Cuadernos de pensamiento político

Podemos comparar lo sucedido en España, donde –se dice– la presión militar impidió a la izquierda decir lo que pensaba y la obligó a mantener un centrismo y una moderación que realmente despreciaba, con lo sucedido en algunos otros países europeos, algunos de los cuales (Portugal y Grecia) transitaron a la democracia a la vez que España. Como afirman Gunther y Montero, la autoubicación del electorado en una escala izquierda-derecha de diez puntos es destacable por su estabilidad en el periodo 1973-1993, «con la excepción del caso español, en el que hubo un desplazamiento sostenido hacia la izquierda tras la llegada de la política democrática»⁷ (Ver cuadro 1).

Cuadro 1

Autoubicación ideológica de los electorados en algunos países europeos

País	1973	1980	1983	1989	1993
España	5.6	4.8	4.3	4.4	4.3
Italia	4.7	4.7	4.6	4.8	4.7
Gran Bretaña	5.4	5.7	5.9	5.4	5.3
Portugal	5.2	5.2	5.4	5.4	5.4
Alemania	5.6	5.7	5.5	5.4	5.6
Grecia		5.9	5.1	5.8	5.7

FUENTE: Gunther y Montero, obra citada, página 497.

Cuadro 1. Posiciones medias en escalas de diez puntos. Los datos de España y Portugal corresponden a encuestas de 1976 y 1978 respectivamente. Sólo se alude a Alemania Occidental.

Si nos detenemos en la ubicación de los partidos (no de los votantes) en esa escala, el resultado es igualmente adverso para el superestructuralismo: el Partido Comunista español estaba tan a la izquierda como el portugués o el italiano, y el PSOE, mucho más a la izquierda que sus equivalentes portugués y griego y tanto como el italiano (Ver cuadro 2).

Cuadro 2

Colocación de los principales partidos del sur de Europa en el continuo izquierda-derecha, 1985

	Portugal	España	Italia	Grecia
Izquierda	PCP 2.1	PCE 2.1	PCI 2.1	KKE 1.6
				KKE-es 2.8
	PS 5.0	PSOE 3.9	PSI 3.9	PASOK 4.4
	PSD 6.9	CDS 6.4	PRI 5.6	
Derecha			DC 6.1	
			PLI 6.5	
	CDS 8.1	AP 8.1	MSI 8.7	ND 8.7

FUENTE: Gunther y Montero, obra citada, página 501.

⁷ Gunther, R. y Montero, J.R.: «Los anclajes del partidismo. Un análisis comparado del comportamiento electoral». En Del Castillo, Pilar (ed.): *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid, 1998, pág. 497.

Lo mismo podemos decir del electorado por partidos. Entre 1979 y 1983 los votantes del PCE no se moderaron sino que se radicalizaron hasta situarse más a la izquierda que sus equivalentes portugueses, tanto como los italianos y algo menos que los griegos (del 2,7 al 2,5), y los del PSOE pasaron del 3,9 al 3,1, más a la izquierda que los socialistas italianos, griegos y portugueses (Ver cuadro 3).

Cuadro 3

Autoubicaciones medias de los votantes de los partidos en algunos países europeos, 1974-1993

País	1974	1983	1993
España			
PCE	2.7	2.5	2.6
PSOE	3.9	3.1	3.7
UCD	5.9		
AP	7.0	7.2	7.3
Italia			
PCI	2.5	2.5	2.4
PSI	3.4	3.5	3.6
PSDI-PRI	4.8	4.9	
DC	5.9	5.7	5.7
PLI	6.5	6.8	
MSI	8.3	7.5	7.9
Reino Unido			
LP	4.4	4.4	4.0
Libs	5.6	5.3	5.0
CP	7.2	7.0	7.0
Portugal			
PCP	2.3	3.0	2.9
PS	4.6	4.7	4.5
PSD	6.9	7.1	6.5
CDS	7.8	7.8	7.0
Alemania			
Grünen	3.6	4.3	
SPD	4.5	4.5	4.5
FDP	5.8	5.9	5.4
CDU-CSU	7.0	6.7	6.8
Grecia			
KKE	1.8	2.2	2.4
KKE-es	2.4	2.8	2.9
PASOK	4.6	4.4	4.6
ND	8.3	8.2	7.6
Austria			
SPÖ	4.9		
ÖVP	7.6		

(Continúa)

País	1974	1983	1993
Finlandia			
SKDL	2.3		
SDP	3.9		
KES	6.3		
LKP	6.3		
KK	8.1		

FUENTE: Gunther y Montero, obra citada, página 502.

Datos de España, 1979; Portugal, 1978; Grecia, 1980.

En conjunto, en 1980, de la antigua Unión Europea de 12 miembros en la que ingresó España en 1986, sólo el electorado italiano (4,7) se autoubicaba más a la izquierda que el español (4,8); en 1983, ni eso: los españoles eran los más izquierdistas de la UE-12 (4,3), y así seguíamos una década después⁸.

Además, el número de candidaturas proclamadas para el Congreso de los Diputados aumentó desde 579 en 1977 hasta 750 en 1979 y 788 en 1982⁹, lo que no parece indicar retracción y miedo a hacer política; y por tendencias ideológicas, quienes se declaraban franquistas pasaron de ser el 12 por ciento en 1977 a ser el 4 por ciento en 1982, mientras que quienes se declaraban socialistas pasaron del 15 al 29, comunistas del 2 al 4 y «revolucionarios» del 1 al 2.

No resulta extraño, por tanto, que el estudio realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas en mayo de 1987 sobre la «valoración retrospectiva» del proceso de transición a la democracia y la Constitución (que incluyó esta pregunta¹⁰: «¿Cómo cree usted que han ido las cosas desde la muerte de Franco: mejor, igual o peor de lo que usted esperaba?»), revelara que el 69% de los encuestados que se consideraban a sí mismos de extrema izquierda o de izquierda creían que había ido mejor, mientras que sólo el 49% de los votantes de centro y el 29% de los de derecha creían lo mismo. El 61% de quienes recordaban haber votado a Izquierda Unida en 1986 creían que sus expectativas habían sido superadas, igual que el 67% de los votantes del

⁸ Montero, J.R.: «Sobre las preferencias electorales en España: fragmentación y polarización (1977-1993)», en Del Castillo, Pilar (ed.): *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid, 1998, página 89.

⁹ Id., página 54.

¹⁰ CIS, *Barómetro de mayo de 1987*, estudio 1654.

PSOE (en 1986 entre el 60% y el 70% de las personas que declaraban ser «de extrema izquierda» votaban al PSOE), el 60% de los de CiU y el 56% de los del PNV. Por el contrario, sólo el 43% de los votantes del CDS y el 23% de los de AP afirmó lo mismo.

¿En qué se expresó, pues, la imposibilidad de ser de izquierda? ¿Dónde quedó de manifiesto la presión de la derecha sobre la izquierda? De haber existido, deberá reconocerse que su efectividad no fue especialmente destacable. Durante la Transición la vida política española se polarizó, especialmente alrededor del 23-F (lo contrario de estar sometida a un silencio forzado por la presión militar); la izquierda ganó posiciones (lo contrario de que la derecha lo hiciera); los partidos nacionalistas ganaron posiciones (lo contrario de que lo hicieran sus oponentes); y España registró una radicalización política en la izquierda de la escala ideológica mayor que cualquier otro país europeo, o como mínimo comparable, y superior a la de Portugal y Grecia, países que transitaron a la democracia más o menos a la vez que España y de los que no se afirma que padecieron la presión de los militares para que la izquierda no dijera lo que pensaba. Obvio es, además, que desde 1982 fue la izquierda la que gobernó en España y que los partidos nacionalistas consolidaron sus posiciones en el País Vasco y en Cataluña.

El superestructuralismo debe decir algo sobre todo esto, debe exigírsele que lo haga. Y es inadmisibles que se pretenda desacreditar ese registro estadístico de la Transición mediante una opinión sobre las opiniones de otros. Que la izquierda crea que esas opiniones revelan una imposición es un dato sobre el pensamiento de la izquierda, no sobre las opiniones verificadas en su momento, cuya verosimilitud no puede impugnarse salvo si se argumenta respetablemente sobre la incorrección del método estadístico empleado.

Pero además, en segundo lugar, el superestructuralismo debe ser contemplado como una imputación personal a cada español. Puesto que lo que afirma es que nos han faltado libertad y democracia, eso no lo predica de España sino de los españoles, que son quienes tienen atribuida la titularidad de lo que se declara inexistente. El revisionismo no revisa la historia de España sino la biografía de los españoles, nos dice que aunque creemos que sí, no hemos sido libres; que somos más de izquierda que lo que nos creemos, pero que hemos interiori-

zados hasta tal punto la presión ambiental que ni nos damos cuenta porque no lo podemos decir.

La Constitución de 1978 no sustituyó un yugo por otro, sino que nos dio la libertad política. El revisionismo, el superestructuralismo en que se fundamenta, es una argumentación sobre la conciencia de los españoles, sobre si se han sentido libres o no. Es simplemente ridículo disputar sobre ese asunto para tratar de convencer a quienes se saben libres de que no lo son y reescribir su biografía para convertirlos bien en colaboracionistas de un sistema opresivo, bien en sujetos carentes de lucidez suficiente como para advertir su falta de libertad.

Parece, por tanto, que ante lo que estamos es ante un hecho mucho más simple: hay quien no aprecia la democracia liberal –la nuestra–, que es un sistema de gobierno fundamentado en la alternancia y la libertad, no un modo de iluminar verdades fundamentales (las que la izquierda sostiene) «de una vez por todas». Desde esa perspectiva, la Transición se juzga necesariamente deficiente: *«al olvidarse y borrarse de la conciencia el carácter coyuntural de aquellas limitaciones, se da por bueno el resultado alcanzado, legitimando –para siempre–, ideológicamente ahora, como fruto del acuerdo racional entre libres e iguales aquello que fue impuesto: nada menos que un «consenso» sobre el modelo de democracia a instaurar. En este sentido puede hablarse del carácter ideológico del consenso constitucional, del consenso de la transición como ocultador, encubridor y, en definitiva, «negador» del disenso y de las condiciones que impidieron que se manifestara»*¹¹.

Los revisionistas creen que la renuncia a la vía rupturista y la aceptación del reformismo por parte de la izquierda (obviamente, bajo presión militar al principio, pero –acusan– por conveniencia del PSOE desde 1982, que se vio en el Gobierno y prefirió servirse del sistema a transformarlo para convertirlo en una auténtica democracia participativa) constituyó un verdadero cambio de planes catastrófico (las catástrofes de 1996 y de 2000), porque el reformismo conducía necesariamente a un tipo de democracia limitado, insuficiente y muy sesgado a favor de la derecha. Con ruptura, la democracia de partidos y elecciones habría sido *«un punto de partida desde el cual, mediante la participación ciudadana generalizada, se actualizaría, ensancharía y revi-*

¹¹ Oñate, P.: *Consenso e ideología en la transición política española*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1998, página 258.

talizaría la democracia de los partidos, construyéndose así, con una sociedad movilizada, una democracia ciudadana»¹².

Hoy, es claro, el impulso que recibe de nuevo la democracia llamada «participativa» por oposición a la representativa coincide con la ofensiva revisionista que pretende impugnar el consenso de 1978. Bajo la idea de participar se esconde en realidad la parcialidad, «tomar parte», en sentido posesivo: tomarla y llevársela. Una neoaristocracia del activismo social cuyo origen último es la incapacidad para obtener representación, puro darwinismo que somete a la voracidad de los «grupos» y «colectivos» más dotados lo que debiera ser instrumento de protección de quienes carecen de ese poder. Por el contrario, la democracia representativa, mediante un procedimiento formal estrictamente regulado, que en último término se fundamenta en la mera acreditación de la propia personalidad mediante el DNI («tienes valor por ser quien eres, no por hacer lo que haces o por tener lo que tienes»), garantiza la igualdad en la participación política y, por tanto, vela especialmente por los humildes y los dignifica mediante el concepto de interés general (que se crea para ellos, que son los que no cuentan cuando el interés no es general) esencialmente representativo de todos los que forman el grupo y no sólo de sus sectores más gárrulos (aquí la tilde importa).

El hecho de que en 1995 para el 79% de los españoles la forma en que se realizó la Transición constituyera un motivo de orgullo colectivo (sólo para el 9 lo contrario), y que al ser preguntados por las ideas y los intereses que prevalecieron en el proceso constituyente y en la Constitución, el 52% respondiera que «las de todos y las de ninguno»; el 10% «las del centro»; el 8% «la izquierda» y sólo el 7% «la derecha», es para los revisionistas tan sólo una muestra más de la eficacia del lavado de cerebro colectivo al que se nos somete desde 1978¹³.

Por tanto, para los superestructuralistas la ofensiva rupturista que patrocina el Gobierno socialista, lejos de ser una iniciativa reprochable, constituye en realidad un motivo de alegría extraordinario, puesto que de lo que se trata es de enmendar el error histórico de Felipe González y los suyos (quizás reconocido tardíamente por él mismo) e

¹² Id., página 271.

¹³ CIS, estudio 2215.

impulsar la democracia española para hacerla mucho mejor de manera «irreversible» (término que jamás puede caracterizar la acción de gobierno de una democracia liberal pero que puede hallarse en la argumentación del Gobierno de Zapatero sobre cualquiera de sus políticas): se han de llevar las reglas del juego (no el juego mismo, lo que sería legítimo) más hacia la izquierda y más hacia el cantonalismo. Pero no porque la democracia de 1978 sea deficiente con respecto a lo que quienes la hicieron deseaban que fuera: un sistema de libertad política basado en la alternancia, en el pluralismo político y social indefinido en el tiempo –no como mal transitorio–, en la limitación del poder por la ley, en la protección de las minorías y en la reserva del monopolio de la violencia por parte del Estado. Desde esta perspectiva, no se ha puesto en circulación argumento alguno de peso que sea falsable contra la Transición o contra lo acontecido desde 1978, sucesos que ella no previó ni dejó preestablecidos, precisamente porque creó un régimen para la libertad y no para que los españoles de 1989 o de 2006 permaneciéramos sujetos a la voluntad de los constituyentes: su voluntad fue que se hiciera la nuestra.

Se puede, por supuesto, desear una democracia diferente de la que hay, pero no se deben mezclar los asuntos. Quien aborrezca cualquier cosa, encontrará especialmente aborrecible la versión más excelsa de aquello de lo que abomina, pero ese hecho no mengua la excelencia de lo detestado. La pretensión de la democracia liberal no es «ponerse de acuerdo», sino que la gente pueda hacer su vida pese a los numerosos desacuerdos, cuya existencia se acepta y hasta se aprecia; explícitamente se renuncia a establecer e incluso a indagar un dogma, aunque se da la bienvenida a la transacción que nace del respeto al oponente más que a su idea del mundo deseable. El respeto tiene su origen en su condición personal, no en su potencia intelectual real o supuesta; no se trata de convencernos unos a otros sino de convivir. Para convivir, la democracia liberal establecida en 1978 es un instrumento útil, y no lo es la versión radical y delirante del proyecto ilustrado que ha patrocinado la teoría crítica, cuyo eco reproduce ahora la izquierda española sin excepción destacable conocida, aunque probablemente existente siquiera en forma de secreta disconformidad. Que una teoría fundamentada en la sospecha sistemática sobre las verdaderas intenciones del interlocutor y sobre la ti-

tularidad real del poder dentro del «sistema» se postule como herramienta para la convivencia en un Estado regido por elecciones libres produce perplejidad. Y ése es su horizonte final, que la verdad resplandezca, no que la gente opine, que se entienda que «la razón (la discusión libre entre iguales) debe darme la razón (reconocer que yo expreso “la” verdad)».

La idea de fondo del superestructuralismo español –la coacción fue el método de la reforma, la libertad lo hubiera sido de la ruptura– ignora tozudamente lo que la historia revela: la reforma y los principios de la democracia representativa, así como la transacción como método de elaboración de acuerdos firmes, fue aceptada libremente por los partidos a medida que constataban su masivo respaldo electoral, lo que incluso se acredita por quienes pretenden negarlo: *«en resumidas cuentas, a partir del referéndum de la Ley para la Reforma Política, el PCE abandonó definitivamente la estrategia de confrontación permanente, adoptando la de la moderación, el entendimiento y la disposición a la negociación, dentro de lo que se denominó la “política de concertación”. Los dirigentes comunistas abandonaron la apuesta por la “ruptura democrática”, considerándola perdida, y se volcaron en la preparación de las elecciones generales que serían convocadas meses más tarde, tras la legalización del PCE en abril de 1977»*¹⁴. Si el PCE abandonó la porfía por la ruptura en ese momento fue porque constató su escaso rendimiento electoral, no porque se ejerciera presión militar alguna sobre él. Respecto del PSOE, el único chantaje acreditado cabe imputarlo al propio Felipe González: la alteración en el Congreso Extraordinario de diciembre de 1979 de la Resolución Política que fue adoptada en mayo del mismo año en el XXVIII Congreso, se debió, efectivamente, a una coacción, pero no de las Fuerzas Armadas sino de la propia dirección del partido, que realizó un *«implícito chantaje»* a los militantes cuando González presentó la dimisión e impuso el nuevo sistema de elección de delegados *«para controlar el Congreso Extraordinario e introducir los cambios que pretendía en la ideología oficial del partido, y mucho más importante, en el modelo de democracia y sociedad a instaurar»*¹⁵.

¹⁴ Oñate, obra citada, página 182.

¹⁵ Id., página 196.

III. ARQUITECTURAS

La entrada a Dirdam de noche por la carretera de Barcelona ofrece una vista llamativa. De lejos, a la derecha, una mancha de colores brillantes irrumpe en el campo de visión ocupando un lugar que debe de corresponder a un edificio; más cerca, al color se suma el texto, escrito en varias lenguas, que decora un hastial de formas rectas y texturas metálicas coronadas por una gran cresta de color naranja. En él domina la palabra libertad, título del poema de Paul Éluard elegido por Jean Nouvel como motivo decorativo de la fachada del enorme hotel inaugurado aquí hace algo más de un año, que uno finalmente distingue cuando se encuentra cerca de él.

Su singularidad es que cada planta o cada elemento del edificio han sido proyectados por un estudio distinto –19 en total–, de manera que por fuera el hotel es en realidad una estructura uniforme y de líneas muy simples, seguramente elegidas para no condicionar en exceso el trabajo de cada diseñador y al mismo tiempo para poner un límite inevitable a su creatividad. Pero por dentro es muchas cosas diferentes. Decorar la fachada con un círculo cromático es un modo de avivarla sin dar forma al espacio interior, que queda disponible, y cuya rareza es evocada por el poema de Éluard.

Probablemente sin saberlo, los directivos del grupo hotelero que idearon la construcción de un edificio tan singular promovieron una síntesis de dos lugares extraordinarios que se hallan muy cerca de su establecimiento, apenas a cien metros. Desde 1969 esa entrada a Dirdam había sido dominada sin rival por las Torres Blancas de Sáenz de Oíza («Torres», porque iban a ser dos). Mucho antes que el grupo Silken, él pensó un edificio excepcional: «Lo único que definía eran los núcleos verticales de comunicación y las áreas de acceso, nunca las casas, pues yo defendía la libertad del supuesto cliente de la Torre para hacer su propia casa»¹⁶.

La idea de construir un espacio habitable que permite y aun exige una decisión libre de quien ha de ocuparlo no es sólo un motivo arquitectónico, es mucho más. Sáenz de Oíza pretendía un edificio que irrumpiera en la ciudad «como un árbol», enraizado y nutrido de ella,

¹⁶ F.J. Sáenz de Oíza, 1947-1988, *El Croquis*, 32/33, Madrid, 2002, página 27.

como un perímetro sólido y protector y con un espacio interior casi vacío y a disposición de quienes lo habitaran; una construcción en la que uno nunca se preguntaría si estaba subiendo o bajando, porque «tanta atracción tendría el suelo como el techo»¹⁷. Casi con seguridad, el arquitecto no tuvo intención alguna de hablar de una España política nueva –con historia más allá de 1936 y con futuro más acá de Franco– cuando ideaba su obra, pero en realidad lo hizo. Ese edificio mostraba en 1969 que la libertad podía tenerse en pie y ser habitable, robusta y acogedora. Esa grácil mole gris ha iluminado la vocación de la mayoría de los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Dirdam, y así, casi como a un ser vivo, la miramos muchos que de críos quisimos pasar junto a ella cada día, que la contemplábamos como a una germinación casi milagrosa en mitad de un suelo yermo y nos preguntábamos cómo sería vivir en un sitio así.

A falta de mejor explicación, yo creo que fue por esa sutil emanación de libertad y genio por la que a menos de cincuenta metros de las Torres Blancas se halló desde principios de los ochenta el centro tópico –en las dos primeras acepciones del término– del cambio social español: Rockola, local –conviene calificarlo simplemente así: espacio, sitio– en el que se dibujó un círculo cromático tan vivo (la movida) y con tanta cresta como el nuevo hotel de la Avenida de América de Dirdam, que es en realidad la segunda torre blanca, porque cuando un círculo cromático se pone en movimiento y toma velocidad todos los colores ocupan el mismo lugar en el ojo de quien mira y el círculo se vuelve blanco.

La España transida cedió su lugar a la España transitada, que se dispuso de inmediato a ejercitarse en el oficio de la libertad, a dibujar círculos cromáticos y a darles velocidad, a fundir en uno todos los colores salvo el negro sin hacerlos desaparecer, a obrar el milagro de que todos pudieran ocupar al mismo tiempo el mismo lugar, el mismo territorio, el mismo país.

En Dirdam, en 1977 la primavera no floreció sólo en los parques; floreció también en las farolas, en los coches, en los quioscos y especialmente en las paredes del Metro. Todos los colores estaban allí en forma de pegatina o de cartel. En nuestro trayecto hacia el colegio,

¹⁷ Id., página 28.

mis amigos y yo solíamos realizar un experimento extraordinario. Acercábamos la cara a la pared de algún pasillo largo –habitualmente el trasbordo de la estación de Pueblo Nuevo entre las antiguas líneas 5 y 7– hasta casi tocar la pared con la punta de la nariz, e iniciábamos una carrera tan rápida como nos era posible, con los ojos abiertos de par en par y la mirada dormida sobre el muro. Por unos segundos, todos los colores de la pared se fundían en nuestra retina en una mancha blanquecina, todos eran lo mismo aunque todos eran diferentes; todos estaban en el mismo lugar, aunque todos ocupaban espacios distintos. Ésa era nuestra nación, eso era España.

El pensamiento tosco, que ignora lo que el hombre, su mirada, es capaz de hacer con el mundo, afirma que no podemos pensar en dos colores a la vez en un mismo lugar. Los españoles de la Transición demostramos que no sólo es posible, sino que es fácil: basta con agenciarse un círculo cromático, una fachada, una sala de conciertos, un pasillo del Metro, un plano de las líneas de cercanías o un hemicírculo cromáticos, o todo y más a la vez, y ponerlos en movimiento.

Una semana después de las elecciones de 2004, el Premio Pritzker de Arquitectura fue concedido por primera vez a una mujer, Zaha Hadid. Hadid nació en Irak; su padre lideró el Partido Nacional Democrático hasta la toma del poder por el Partido Baas y Saddam Hussein. Luego él y su familia salieron del país y se establecieron en Londres. Zaha Hadid ha diseñado la primera planta del círculo cromático-hotel, que une el anhelo de libertad de la España transida de Sáenz de Oíza y el color de la España transitada de Rockola, incluida la cresta naranja. Si alguien necesita saber qué podría ser Irak sin Saddam y sin yihadistas, si alguien quiere saber lo que «en el fondo» es una mujer iraquí, puede darse una vuelta por la planta 1 del Hotel Puerta América de Dirdam. Y luego preguntarse por qué los iraquíes sólo tienen derechos si están fuera de su país y por qué eso le da igual a tanta gente. Puede también recordar el lamento que Gaziel escribió en 1946, cuando era España la que daba igual: «Con sólo una parte de la intervención que en este 1946 Inglaterra ha desplegado en Grecia e Italia ya habría bastado, en 1936, para hacer que España se recuperase de la situación anterior, defender la ley, restablecer el orden y aplastar la anarquía...A partir de aquel momento y hasta ahora todo se ha ido complicando y enmarañando como el estado de un enfermo al que no se le ha practicado a tiempo la intervención oportuna...

Ésas son las graves consecuencias de no hacer lo que hay que hacer, y de no hacerlo a tiempo»¹⁸.

Torres Blancas se construyó en 1969: ¿debemos demolerlo por ello?; Zaha Hadid es mujer, es de origen iraquí y no parece muy dispuesta a ocupar el lugar que la Alianza de Civilizaciones le reserva: ¿qué hacemos con la planta 1 de la nueva torre blanca de Dirdam? ¿Qué hacemos con la realidad?

IV. DIRDAM

«Dirdam», claro, es «Madrid» al revés. Madrid ya no es sólo el nombre de una ciudad. En el discurso político español es mucho más que eso. A lo largo de los años, sobre ella se han vertido muchos significados que ya no es posible desarraigar: Madrid evoca irremediablemente en muchos españoles una ideología. Ese sonido o esa grafía, hacen emerger en nuestra conciencia todo un mundo de problemas, de intenciones, de agravios. Una red de conexiones sinápticas brota, como ramblas neuronales, en el momento en el que ese nombre se escucha o se lee, y, al final, cuando Madrid desaparece como concepto digno desaparece también la Transición, porque ese Madrid innoble es el refugio del tardofranquismo, el oscuro valle en el que habita y desde el que sigue amargando la vida a los españoles amantes de la libertad, que al parecer nunca son madrileños.

Pero hay que hablar de Madrid, de la ciudad y del concepto político, aunque sea sin nombrarlo, para que sea posible decir de él cosas distintas de las que se suele. Dirdam es, pues, un placebo intelectual o espiritual. Pero Dirdam existe, se llama Madrid y es en esencia un gran círculo cromático. Por eso, quienes no conciben la existencia de dos colores a la vez en el mismo lugar han arrojado sobre él tanto luto como han podido. Y por eso seguirán haciéndolo.

¹⁸ Gaziel, *Meditaciones en el desierto (1946-1953)*, Destino, Barcelona, 2005.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Otoño de 2006

NÚMERO

29



• • •

PÍO MOA: *Alternancia en la II República*

JUAN CARLOS GIRAUTA: *La república de Azafra*

JAIME IGNACIO DEL BURGO: *Navarra. Defensa de la Constitución española*

ALICIA DELIBES: *La desaparición del pensamiento liberal en la educación*

JAVIER ORRICO: *La guerra de los cuerpos. Un proyecto para rematar la enseñanza*

FERNANDO SERRA: *Trabajo temporal y productividad*

JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ: *El camino irlandés a la prosperidad*

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL: *La genealogía literaria de Tomás Eloy Martínez*

RAFAEL RUBIO: *Venezuela. La pesadilla revolucionaria*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *Las alcantarillas revolucionarias*

• • •

RETRATOS: *Gustave de Molinari* • *Peter Bauer*

RESEÑAS • *EL LIBRO PÉSIMO* • *EL RINCÓN DE LOS SERVILES*

• • •

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com